

El Pico de las Águilas

Unas gotas de savia, procedentes de las dolorosas profundidades de la montaña, salpicaron mi rostro impotente frente su gran desolación, muerte de tanta belleza y esplendor. ¡Todo por cuanto!. ¡¿Para qué?!. Roca, negro, silencio, y aquel temible olor; todo estaba perdido, no pudimos impedirlo. Pasarán cientos de años hasta que todo vuelva a quedar como antes, pero jamás será igual, y nuestros ojos nunca podrán verlo. ¡No os dais cuenta!.

Unicamente el pico, esta vez vacío; cuatro islotes verdes emergiendo de un mar muerto; el río que tantas veces descendimos o el salto de agua en que nos bañábamos, permanecen aparentemente igual que antes, pero la vida mengua en sus entrañas; agua dulce, ahora salada, cuyas lágrimas alcanzan a contagiar su desolación humedeciendo mi rostro bajo el arroyo del sufrimiento.

Y allá a lo lejos, alzándose entre los muertos, el progreso. Destiladores de humo, una enfermedad extendiendo sus manos sobre la faz de la tierra. Tierra enferma con unas heridas mal cicatrizadas. Crústulas recubiertas de apósitos de asfalto que dificultan su recuperación y, sobre esas costras, la mayor plaga de parásitos que atormentan el planeta recorriendo sus heridas, para que nunca lleguen a cicatrizar, para extenderlas cada vez más y más hasta hacerse con ella por el recorrido más corto. Coches y asfalto.

Cada vez son menos los animales que pastan en los prados, son menos los osos que habitan en este entorno y menos los campos cultivados. Este es un mundo que va agonizando lentamente, día a día. Es como si la propia naturaleza se estuviese defendiendo de la plaga que le acecha, antes de que esta acabe con

ella, y para esto, utiliza la sequía donde más agua se necesita; o las inundaciones en las zonas del planeta en que abunda el preciado líquido.

Aquí, en los dos últimos años, el índice de precipitaciones ha disminuido notablemente y, junto con el aumento de las temperaturas, a causa del efecto invernadero, se hacía peligrosa la acción de cualquier pequeño fuego de acampada o una simple quema de rastrojos. Eramos cuatro guardas forestales dispuestos en diferentes torres de vigilancia y no teníamos demasiados medios físicos para afrontar cualquier situación de emergencia.

El año anterior, tuvimos sólo tres pequeños incendios que pudieron ser diezmados sin haber causado grandes pérdidas materiales, pero éste año la sequía ha sido mucho mayor. Decían las gentes del lugar que no se ha conocido una sequía así desde hace casi cincuenta años.

En la aldea, apenas quedaban cuatro familias viejas, sin los hijos que una vez se marcharon a la ciudad en busca de mejor nivel de vida o comodidades. Pero seguro que allí, no podrán disfrutar de los maravillosos amaneceres o puestas de sol que cubren el cielo de una magia envolvente, entre la paz de estos montes. De todos modos, ahora es algo ya del pasado.

- La gente joven se marcha hacia las ciudades para buscar mejor futuro -decía mi abuela-. Ya nadie quiere trabajar el campo. No sé de qué van a vivir.

La ciudad nos enmarañaba en sus entrañas cada vez más, y la muerte de mi abuelo, se llevó consigo nuestro paso por la aldea, en la que ya nadie nos vinculaba, al llevarnos a mi abuela al medio en que pudiese recibir cuantos cuidados requieren el paso de los años.

Aunque la fuerza con que me atraía aquel lugar, con el tiempo me obligó a volver, entonces, como guarda forestal.

Esta era una región húmeda, en la que pocas veces había faltado el agua, pero los pastos amarilleaban cada vez más, las fuentes iban manando gota a gota y las moscas eran tan molestas como el plomo de un perdigón en el trasero. Florecían también las plagas de mosquitos, portadores de fatídicas enfermedades para los animales, aquello ahogó el agua con pesticidas. Y ahora...

-II-

De un almendro solitario y floreciente situado en la ladera, pendía el columpio sobre el que se meció la sencillez de nuestra inocencia, lejos de cuantos engendros fuese capaz de crear la nueva sociedad para la distracción de cualquier infante. Allí, entre sus pétalos, ramas y hojas en desarrollo, sentíamos su cobijo, la alegría de una ramiza orgullosa de compartir su fuerza con unos niños jugando a su alrededor.

Una historia de vieja, decía que antiguamente un príncipe se quedó allí, en aquella ladera, esperando a su amada que nunca regresó. Y en su larga e interminable permanencia, admirado frente tanta belleza del paisaje, le salieron raíces para alimentar la fuerza de su espíritu, mientras aguardaba su vuelta. Cada año decían que la esperaba con tantas flores como eran capaces de sujetar sus ramas.

Recuerdo cada mañana, cuando mi abuelo venía a despertarme temprano para dar de comer a los conejos o las gallinas, que tanto asombro causaban en mí. Una nueva criatura, un huevo que se movía y del que finalmente iba a nacer

un polluelo o demás cosas sencillas, resultaban de un gran atractivo para un niño como yo.

El desastre lo ha borrado todo, pero en mi mente siguen existiendo numerosos pastos en los que la presencia de los rumiantes era continua, mientras mi abuelo, aún vivo, desde la distancia vigilaba su rebaño, siempre acompañado de un perro fiel. Yo corría sobre la hierba fresca y multitud de aromas impactaban en aquella mente despertando hacia una nueva vida. Brillan los atardeceres en que el rebaño volvía a su morada, ambientando su marcha con el sonido de los cencerros o las baladas lastimeras de quienes despedían el último haz de sol. Y allí, a la puerta de la caserna, mi abuela aguardaba nuestra llegada para obsequiar nuestro esfuerzo con un tazón de leche caliente y unas pastas, que elaboraba con mimo cada vez que acudía a visitarles.

Tras pasar unos días en compañía de la sencillez de dos vidas consumidas por los años, mis padres volvían a llevarme hacia la ciudad con su viejo y destartalado cacharro enormemente ruidoso. De rodillas sobre el asiento posterior, me despedía a través del cristal, de una aldea en la que el progreso únicamente había llegado a través de unos postes momificados y que, mediante el cable que conducía la luz, quedaban enlazados con el desarrollo, para iluminar unas vidas campechanas en peligro de extinción.

Pero una vez más, con la llegada de las vacaciones y como siempre, hacíamos un viaje hacia el pasado para recargar nuestras almas de la paz de aquel lugar. Surcábamos largos caminos de tierra para abrirnos paso entre una vegetación húmeda y salvaje, hasta llegar al sitio en que cuatro casas de piedra y pizarra, se organizaban a modo de cerco entorno a una fuente, en la que alguien, hace algunas décadas, llegó a ver a la mismísima virgen un día antes de la

llegada de las esperadas aguas, tras una gran sequía. Lo cierto es que a través de aquella fuente, aunque fuera gota a gota, nunca dejó de manar la savia de la vida.

De cuantas cosas presenciaba, tal vez lo que mayor admiración me causó, fue ver a unos hombres pendidos del precipicio con una áspera cuerda, envueltos en un saco para protegerse de la nube formada por miles de abejas, que salían para defender el ataque de su colmena, haciendo frente a quien pretendía arrebatarles su más preciado tesoro, la miel. Mucho más arriba del bullicio que se despertaba, casi perdido entre una misteriosa bruma, se podía entrever un pico custodiado por aves de plumaje oscuro y con grandes garras capaces de llevarse a un niño a una cima que pocos habían visitado.

Un día, reunidos después de cenar junto al calor de un buen fuego para ahuyentar a los malos espíritus, mi abuelo sacó una garra de afiladas uñas para contar una historia acerca de los habitantes de aquel pico, sembrado de esqueletos y del que una vez, de joven, pudo salir airoso tras una escaramuza con uno de los ocupantes de la cima, al que tras darle muerte, le arrancó una pata como trofeo. Mi abuela, tal vez para quitar credibilidad a sus hazañas o permitir armonizar el sueño de los pequeñuelos, respondió con alguna de sus bromas respecto a las heridas que sufrió en ciertas partes que ni me atrevo a mencionar. Pero la noche llegaba, y el aullido de un lobo, no menos temible que los alados de imponentes garras, o los ruidos que originaban los animales en las cuadras contiguas a la vivienda, hacían que tras apreciar la frágil protección de las mantas, acudiese a buscar amparo en la cama de mis padres o mis abuelos. Allí, el verano no resultaba demasiado caluroso, incluso a veces hacía mucho frío y las mantas nunca se dejaban de lado por las noches.

Durante el día, mientras los mayores se dedicaban a sus labores del campo, junto a los pocos niños que había, nos dedicábamos a dejarnos rodar sobre las laderas recién segadas o escondernos entre la paja de los establos. Pero seguramente, lo que más solíamos apreciar todos, era la visita dominical del cura del pueblo vecino, que siempre traía consigo caramelos para comprar la fe de los niños.

Cada domingo, nos asomábamos a una de las laderas, desde la que era posible ver, allá en la lejanía, el pequeño pueblo asentado junto a un riachuelo que pasaba mucho más abajo de nuestra aldea. En aquel punto, se podía seguir el recorrido del ciclomotor del cura, afrontando grandes laderas, para llevar su fe al lugar más recóndito del planeta. Desde allí, podíamos ver cuantos barrancos, valles y montañas colmaban el paisaje. Pastos de color esmeralda; bosques en los que hojas anaranjadas y verdes se mezclaban; zonas umbrosas que apenas percibían la calidez del sol, salvo algunos días de verano; y al fondo, el pequeño pueblecito en contraste con tanta naturaleza. Mucho más hacia el este, se asomaba en la lontananza un nuevo mundo desconocido, que entonces no parecía tan amenazante.

Sigo recordando la primera vez que visité aquel pueblecito. Nunca antes había visto más río que el orín de una vaca. Fue algo hechizante ver la transparencia de sus aguas, e incluso algún pez nadando a su antojo. Las casas de madera y piedra, las calles adoquinadas y toda la gente que se conocía o saludaba entre sí, no como en la ciudad en que yo vivía. Era el único lugar en el que poder comprar alguna cosa en muchos kilómetros a la redonda.

Finalizada la visita de un pariente o la compra del mes, subíamos al destartalado todoterreno que nos permitiría el viaje de vuelta hacia el pasado, un

lugar regido por costumbres y creencias tan viejas como sus habitantes, un lugar que desafiaba al progreso día tras día.

La pendiente poco a poco iba acerándose. Cada vez surgían más piedras y regueros, pero finalmente, el vehículo llegaba a cometer su cumplido, dejándonos una vez más, junto a los seres queridos, que esperaban impacientes nuestra llegada, maravillados frente a cualquier baratija novedosa traída del futuro.

Una vez al mes, solía venir un veterinario a ver las vacas. Incluso yo quise ser veterinario, dada mi relación con cada uno de los animales que teníamos, especialmente tras presenciar el nacimiento de un cabrito, al que seguí su desarrollo toda la temporada. Pero el tiempo me condujo a velar por la seguridad de todo aquel entorno, al que el progreso iba ganándole terreno. Un medio en el que los pastos menguaban día a día para hacer una urbanización, una autopista o una vía de tren.

Bellos recuerdos que alimentaron mi infancia, y ahora, se han consumido en un infierno, todo queda en mi memoria. Algo ha muerto dentro de mí.

-III-

Solamente tres días marcan la diferencia.

Un abismo se abría bajo mis pies, mientras, con cada extremidad, buscaba el apoyo que me permitiese subir más y más por una vía muy arriesgada, camino de la cumbre, en la que poder contemplar la pareja de águilas que habíamos liberado para repoblar el entorno de una especie navegando contra el viento de la extinción. El viento azotaba mi costado. El sudor iba surcando mi frente y sentía como los músculos empezaban a ceder ante la fatiga de tan larga escalada.

Intenté no mirar atrás para ver la altura a la que estaba situado, pero en la mente no dejaban de surcar las ideas de un gran precipicio, del que un leve descuido, siempre iba a resultar mortal.

Subir sin cuerdas es algo para lo que pocos en el mundo están capacitados o reúnen el valor suficiente, pero era más que un desafío para mí, un gran modo de superación personal, que quizá pocos entiendan. Yo y la pared, no había nada más. Una vez arriba, quedaba la satisfacción de tener un nuevo reto superado, tomar un buen trago de agua y ver cuanto se expandía a mis pies; sentir la brisa del cielo soplando en todas direcciones, contemplar valles, cumbres, montes, ríos y barrancos desde el lugar en que los dioses nos observaban. El principal objetivo de mi visita, se veía cumplido cuando la pareja de águilas hacía su aparición, planeando por la cara este del pico, algo más abajo del punto en que me había situado, unas aves de impresión pero nunca tan salvajes como referían algunas historias de viejo. Era maravilloso ver como se deslizaban por el cielo, todo el paraje quedaba pequeño frente a su grandeza. Un grito mío enviado más allá de los cielos, les dijo quién era yo, y tras reconocerme, la hembra voló hacia mí para tomar el pedazo de carne que les había llevado. Las alas mostraban su mayor envergadura, la cola iba dirigiendo el rumbo y la cabeza se disponía a aguzar los cálculos para posarse en mi brazo. Finalmente sentí el poder de su peso descansando sobre una extremidad adiestrada, la fuerza de sus garras sujetándose al guante. Una vez más quede fascinado ante sus ojos y pude sentir la suavidad de aquel plumaje. Sin duda, el ave apreció con gusto el detalle de mi visita, despedazando con el pico parte de mi ofrenda. El macho, un tanto más rezagado, se posó a pocos metros de mí, observando con recelo.

Media hora después, me dispuse a descender del pico de las águilas. Tomé la escasa cuerda que había traído en la mochila y la pasé por uno de los diversos anclajes de subida, para emprender un descenso parcial hasta otro anclaje situado metros más abajo, dada la gran altura del pico y la escasa cuerda que podía llevar conmigo. Así hasta el último. Al fin pude pisar tierra firme y sosegar mis nervios. Allí bajo, en el lugar de los mortales, me quedaba una tarea por cumplir. Como guarda forestal, debía velar por la seguridad del lugar, dada la creciente subida de las temperaturas con la llegada del verano y la amenaza de los incendios forestales.

Asentado en otra de las numerosas laderas que existían, y junto a un gran roble extinto y moribundo, estaba el refugio de quienes velaban por conseguir una declaración de parque natural del entorno. Tomando un café caliente, como todas las mañanas, temprano, salí a maravillarme con uno de los miles de amaneceres diferentes que se podían apreciar cada día. Nunca imaginé aquello que me aguardaba, allí, detrás de aquel cerro.

En un viaje al pasado, apenas unos meses, puedo sentir el viento húmedo del invierno, mientras la nieve se fundía en las alturas, y nosotros, con una piragua, nos disponíamos a descender el río, que en aquellas fechas aumentaba de caudal. Rápidos, saltos, rocas emergiendo a mitad del cauce, recodos, hacían del río una de las diversiones más preciadas por el grupo de amigos que practicábamos uno de los variados deportes de invierno.

Surtidos de toda clase de material necesario, una compañera nos llevaba al punto de partida cargando en el todoterreno con todo el equipo, para después ir a recogernos río abajo. La diversión estaba asegurada. Poco a poco íbamos ganando velocidad y el río se tornaba más salvaje, orgulloso de sentir envueltos entre sus aguas, nuestros gritos de júbilo. De vez en cuando una roca o un árbol caído atravesando parte del caudal, se convertía en toda una aventura, que incluso a veces pudo provocar un pequeño susto volcando la piragua, pero hasta el momento, nada de importancia. Una vez superado el trance, proseguíamos el rumbo hasta llegar a donde nos aguardaba la esperada fogata, junto al vehículo, en el lugar en que las aguas disminuían su furia.

Nada como una toalla, ropas secas y algo caliente que echarse al estómago. Aquella parte del río, era óptima para la pesca, tanto, que incluso alguna vez nos sorprendió la aparición de algún oso errante, en busca de un buen plato de pescado. Siempre resultó gracioso verlos sumergir su cabeza bajo el agua para estudiar con detenimiento la actitud de las truchas. Otros más experimentados, se bastaban de un simple zarpazo para atrapar a quien iba a saciar su apetito durante unas horas.

Me pregunto que sería del lobo que una noche alborotó los gallineros y establos, y que de vez en cuando, mareaba a las apacibles gentes de la aldea junto con alguno de sus compañeros. El año pasado, ya no se supo más de él, pero aquel verano me causó gran impacto la mortandad que sus fauces eran capaces de realizar en

apenas unos minutos. Siempre oí viejas historias de masacres provocadas por una manada, pero nunca antes había visto tanta sangre ni tantos animales sacrificados en semejante y atroz culto a la muerte. Aquel día, extrañamente, el animal se aventuró a un ataque en solitario y tal vez el último.

Peor que aquella atroz matanza es la acción de otro depredador no menos conocido, pero sí más feroz, guiado hacia la aniquilación de especies enteras por mero aire de superioridad, sin seguir instintos de supervivencia como los del lobo, con la única disparidad de que a él, ninguna otra especie, más que la suya propia, le acecha. Se trata de una alimaña enemiga de sí misma, cuya acción, hace crecer en mí una fuerza de rebeldía interna; alimenta mis ganas de lucha para combatir su actividad sobre el lugar que me dio la vida, y esta es una guerra que no puede ganar un hombre solo.

Con la escasez de animales, quizá algo tarde, van desapareciendo también los solapados cazadores, que tanto atormentaban a las águilas o lobos con sus trampas y venenos, para acabar con quienes les privarían de la ración de conejo para llevar a sus hogares; artimañas de las que siempre surgían nuevas víctimas, tras quedar atrapadas en un lazo o un cepo, que en absoluto declaraban que iba contra ellos. Más mortal, era la acción de los métodos químicos, ya que con un simple pedazo de carne envenenada, conseguían exterminar numerosas especies siguiendo su cadena alimenticia.

En más de una ocasión, tuvimos que socorrer a algún animal, víctima del pánico que le asaltaba atrapado en una trampa, de la que sus primitivos instintos por evadirse, no hacían mas que perjudicarle en gran medida, incluso acabar con ellos. Una pata, la cabeza; un gato

salvaje, un jabalí, un ciervo; nada era capaz de distinguir un artefacto concebido para el exterminio, incluyendo algún cazador despistado que solía meter la pata en sitios poco recomendables.

Especies protegidas, podían sufrir el acoso de un perdigón emitido por la escopeta de algún ignorante que buscaba un trofeo para resaltar su virilidad. Hazaña seguramente agrandada con sus palabras de cobardía, al encontrarse en desigualdad de condiciones frente a quien estaba desarmado.

Es algo paradójica la actitud que podía tomar el más feroz de los lobos que el hombre pudiera imaginar, cuando quedaba prendido en una trampa, peor y más despiadada que sus fauces.

Agazapado ante una muerte inminente, estaba aquel lobezno amigo, de aproximadamente setenta kilos, gimiendo de dolor mientras un desconocido intentaba librarle una pata astillada entre dientes y muelles de hierro, para después, rendirse ante quién pretendía sanar sus heridas. Una vez rehabilitado, siguió rondando por las inmediaciones del refugio de montaña, al acecho de un vestigio de solidaridad con su apetito. Y surgiendo de detrás del roble, madrugando tanto como yo para seguir mis costumbres, aparecía una vez más el lobo solitario y despegado de su entorno, demandando un gesto mío que le indicase la disposición de algo para comer junto a la cabaña. Con cierta timidez, el rabo entre las piernas y las orejas gachas, acudía pausadamente al lugar indicado con una seña mía en busca de alimento. Con voracidad, tomaba el pedazo de carne para alejarse acto seguido, tan rápido como su cojera le permitía.

Intentamos, repetidas ocasiones, que no se acostumbrase a la presencia humana, que volviera a sus orígenes e instintos, pero nos resultó imposible. Resistió varios días de inanición echado junto al roble. Lo asustábamos, pero al

cabo de un rato, volvía y volvía. Al final, tuvimos que adoptarlo como perro de compañía, pero una mañana, al igual que el lobo de antaño que atacó una noche los gallineros, no volvimos a verlo.

El canto de los pájaros siguió inalterable con aquella desaparición. Los animales emplumados continuaban gorjeando con la fuerza necesaria, para que aquel que no tiene nombre, continuase velando por las aves de su paraíso, siempre tan alegres. Cientos de trinos diferentes rompían la noche cada amanecer, dotando a los árboles de una vida mucho mayor que la conferida por el viento acariciando sus hojas. Los cielos se estremecían ante el vuelo de bandadas capaces de ocultar el sol por un instante. Alados buscando la mejor extensión capaz de darles alimento y refugio, para que una vez llegado el invierno, pudieran emprender un viaje de ida hacia la nada, de la que surgieron.

Ahora son pájaros de hierro los que surcan el cielo.

-IV-

Hoy, hace tres días que los ejércitos invasores aniquilaron al príncipe. Ahora tan solo quedan las imágenes de su tortura, un cuerpo calcinado, pasto de las llamas que le cercaron en una emboscada de la que pocos se han librado. Todo empezó allí, detrás de aquel cerro.

La transparencia de las aguas fluviales que descendían desde las alturas de la montaña se tornó gris. La vida que manaba con sus corrientes se convirtió en lágrimas de dolor. Sus aguas tardarían en calmar la sed de otros animales.

De la aldea poco queda ya. Hubo quien quiso resistir el ataque de las tropas infernales para defender lo poco que tenía, pereciendo en el intento. Otros huyeron despavoridos.

Las casas humeantes y derruidas, ahora ya no albergan más que espíritus del pasado, o algún que otro animal muerto, preso en un establo que le costó la vida. En las calles de la aldea, reina un silencio aterrador, no como el que se pudiese escuchar antaño a la espera de las nieves. Se trata de un sonido de vacío y muerte, con el que se extinguieron unas creencias, unas vidas, unas costumbres, tradiciones. Ya no queda nada que enseñar a nuestros hijos más que nuestra propia destrucción. Tal vez ellos sean capaces de reconstruir cuanto sus padres destruyeron, si les dejamos algo que rescatar y no acabamos también con ellos.

Ahora la desolación se apodera del ánimo de quienes combatieron contra un mundo en el que nunca confiaron, y que les defraudó una vez tras otra. Sus esfuerzos han quedado aniquilados por el tormento del paraíso que un día protegieron.

-V-

Mientras las aves de hierro surcaban el cielo ennegrecido por el aliento de la muerte, que sobrevénía entre tanta belleza, el vano esfuerzo de cientos de hombres reunidos bajo un fin común, intentaba combatir la infantería de fuego, respaldada por una corriente variable surgida del infierno, que hacía inesperado cualquiera de sus movimientos. Los nervios se apoderaron de los expertos en

semejante combate, que subestimaron al enemigo, y su propio caos les condujo hacia la perdición, arrastrando a cuantos actuaban bajo sus órdenes.

En el frente, mientras intentábamos combatir su estrategia con ramas, cubos y botellas, una gran corriente nos hizo retroceder sopena de quedar abrasados. El humo se alió con las tropas de fuego, para lidiar contra el escuadrón de hidroaviones que amenazaban a las llamas, formando así, una gran contienda que acabó con el destacamento confederado en la lucha contra la conflagración de los bosques. Entre todos, no alcanzamos un entendimiento que nos permitiese aunar nuestros esfuerzos. Probablemente, había en juego un interés mayor, que no iba a permitir nuestra victoria, y los dirigentes de nuestra ofensiva, cómodamente respaldados en sus butacas, se debatían por sacar la mayor tajada u obtener un aumento del presupuesto para la extinción de incendios, sin preocuparse por la acción de sus hombres en el campo de batalla.

El aire, más turbio que el de una gran ciudad, se tornaba irrespirable, se iba caldeando por momentos. Todo se consumía sin excepción. Los animales, en busca de una esperanza para sus vidas, huían despavoridos. El cielo empezaba a deprimirse ante las cenizas que ascendían a enmascararle el horror. Atravesando valles, subiendo escarpados, saltando ríos, avanzaban las llamas. Surgían nuevos frentes en los lugares más inaccesibles, y con la llegada de la noche, se dificultaba nuestra tarea. También debíamos combatir el cansancio.

Calcinados, acabarían los animales que buscando la luz a sus tinieblas, se encaminasen, de forma suicida, hacia las mismísimas entrañas del infierno. Otros correrían peor suerte, al verse envueltos en un cerco mortal que no les iba a permitir posibilidad alguna de escape. La inanición acabaría con los supervivientes que no pudiesen viajar en busca de otros lugares que les dieran alimento y cobijo.

Las huestes aliadas no pudieron resistir semejante ataque. Todos pusimos nuestro mayor empeño en asfixiar las llamas, que dirigidas por el general de los vientos, arrasaban con toda clase de vida, a un ritmo que nuestras fuerzas no podían combatir. Finalmente, cuando ya no quedaba más que arrasar, el ejercito de las llamas pudo ser diezmado, pero ya era demasiado tarde.

-VI-

Fue el progreso el que un día llegó ante algunos hombres para anunciarles el paso de un conducto de gas entre las tierras de su lactancia. Todos los que luchaban por conservar intacto un paraje de gran riqueza para la humanidad, se opusieron. Una vez ya se habían enfrentado a uno de sus ataques, cuando la mayor de las venas que iría a abastecer la ya no tan lejana ciudad de corrientes interminables de vehículos, quiso atravesar nuestros montes. Aquella ocasión, tras duras negociaciones, conseguimos vencer y la autopista surcó entre montes lejanos, atravesando barrancos con interminables viaductos.

Desde las alturas del gran pico, se podían apreciar las vastas extensiones de verdor seccionadas por una estría de destrucción, que violaba toda naturaleza existente a su paso. Vencía la más dura roca, el más insondable de los barrancos, para conectar los puntos negros del vergel, y que aunados en su esfuerzo por conquistar tierras vírgenes, alcancen a sustituir la madera por el hormigón, las hojas por el asfalto y que toda forma de vida terrestre resida únicamente en el hombre.

Esta vez hubo un interés mucho mayor y no fue posible un acuerdo. Quizá, si no hubiésemos impedido su paso, una nueva raya cruzaría nuestros bosques y

nada de esto habría sucedido. Tal vez fue una mera coincidencia, pero ahora ya no hay nada por lo que luchar, tan sólo queda depositar nuestras esperanzas en un futuro mejor, en el que se valore a la riqueza natural más que al propio dinero o los intereses de cosas incapaces de saciar la sed del espíritu.

Unos dijeron que fue un avión; otros afirmaban haber visto a un hombre escapando a toda velocidad con su vehículo; alguien mencionó a un campesino, probablemente un excursionista despistado; un pitillo; un cazador celoso; un conejo jugueteando con un mechero,... A quien le importa. Ya está hecho y, con o sin árboles, el gas circulará.

Sólo cabe borrar cuanto de aquel maravilloso mundo pueda quedar en nuestras mentes, pero es algo de lo que tiempo se ocupará. Mientras la vida nos mantenga, todavía podremos narrar a nuestros hijos bellas historias de los paraísos perdidos, que el poderoso diablo que todo lo compra nos arrebató. Dinero, hojas muertas.

Daniel Balaguer
<http://www.danielbalaguer.es>
<https://sites.google.com/site/danielbalaguer>